

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMERA COLECCION DE LOS ARTICULOS DE

«LA LECTURA POPULAR»

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y SALVANI.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de **una peseta** en toda España, franca de porte. Al que tome **doce** ejemplares se le regalarán **dos**, y al que tome **ciento** se le regalarán **veinte**.

Los pedidos, acompañados *precisamente* de su importe, al Editor, **D. José del Ojo y Gómez**, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha, **Madrid**.

ADVERTENCIA.

Rogamos á todas las personas que nos tienen hechos pedidos de esta obra, se sirvan dirigirlos á Madrid en la forma que indica el anuncio y los recibirán inmediatamente.

LOS GAMELLOS

DEL ORIENTE.

Eran las diez de la noche y los nietos de la tía Recachenda, copia exacta de los mismísimos diablos se habían empeñado en moler las espinillas de su abuela, y no acostarse mientras no les contase la historia de los Reyes Magos.

—Para historias tengo yo la cabeza, decía la pobre apretándose el pañuelo de los siete confortes.—Buena la tengo con el jaquecon que llevo encima.

Pero ni por esas; los chicos siguieron moliendo y tanto molieron y tanto fastidiaron, que la tía Recachenda no tuvo más remedio que capitular. Sin embargo, como en las capitulaciones siempre se procura sacar algún partido, la tía Recacha trató de cobrarse el cuento de los Reyes con un rato de tranquilidad.

—¿Estareis quietos y callareis mientras os lo cuente? dijo echando las bases del convenio.

—Sí que callaremos; sí, sí, sí, saltaron todos los chicos bailando de gusto y sentándose en seguida al rededor de su abuela.

Esta, volvió á apretarse el pañuelo, sonóse estrepitosamente sus narices de pergamino con el reves del delantal y habló de esta manera:

—Pues señor... la noche que vinieron los Reyes Magos hacía mucho frío.

—¿Es que era invierno, abuela? preguntó el mayor de los muchachos que aun no había cerrado la boca y ya se le salían las palabras del cuerpo.

—Pues no, que en el mes de Enero iba á ser verano. A ver si cierras el pico.

—Digo, continuó la vieja, que aquella noche hacía mucho frío y los santos Reyes, embozados en sus capas que eran muy hermosas, y montados en sus camellos que eran muy...

—Abuela, ¿qué son camellos?

—Camellos son los muchachos preguntones como tú, que revientan al lucero de la mañana; y se acabó; y no cuento más si nó callais.

—Siga V., abuela, siga V., que ya no diremos una palabrita.

—Pues iba diciendo, que los santos Reyes, embozados en sus capas y montados en sus camellos, venían, anda que te anda, anda que te andarás, por aquel camino del Oriente, que daba gusto de verlos.

¡Qué noche más hermosa! hijos míos, ¡qué noche más hermosa!

En el cielo brillaba una estrella: la que Dios había puesto para guiar á aquellos santos; porque habeis de saber, hijos de mi alma, que al que en este mundo vá por buen camino, nunca deja Dios de darle una buena estrella que le guie, aunque otra cosa digan ciertos pobres ciegos que no alcanzan á ver jamás esas estrellas.

Iban los reyes muy tranquilos, digo, por su camino, cuando de repente divisaron en medio de él, un bulto negro de malísima catadura.

Y dijo Melchor:

—¿Qué bulto será aquél?

Contestacion de Gaspar:

—Será algun caminante.

—Muy negro me parece.

—Hombre, es que estará de luto porque se le habrá muerto algun pariente.

Pero ¡qué había de estar de luto, hijos míos! ¡qué había de estar de luto! si era el mismísimo diablo en persona.

—¡Ave María Purísima! Exclamaron á coro todos los chicos, santiguándose y apiñándose contra las faldas de su abuela.

—¿A dónde bueno se camina? pregun-

tó el diablo á los santos viajeros, así que estuvieron cerca.

—A visitar á un Rey compañero nuestro, contestaron los magos sin conocer al personage que les hablaba.

—Pero, señores, ¡á estas horas! ¡tres Reyes solos por un camino! ¡á donde van Vds. á parar? Y, Vds. por lo visto son extranjeros ¿como se arreglan para guiarse?

—Por medio de una estrella.

—¡De una estrella! Pero señores eso es una calaverada. ¿Cómo se han atrevido Vds. á correr tal aventura dejándose llevar de una estrella? ¿Acaso han consultado Vds. á la ciencia para que les explicase su significado? Parece imposible que tan altas personas partan tan de ligero.

—Como se trata de buscar al Rey de los judíos contestaron los santos con la sencillez de la inocencia.

—¡El Rey de los judíos! Exclamó Satanás.

—Justamente, contestó Melchor.

—Vaya, pues si es ese el objeto del viaje, creo que ya podían volverse Vuestras Magestades, que por lo visto no saben lo que ocurre.

—¿Qué ocurre? Nada sabemos.

—Pues ocurre, que el tal Rey ha resultado ser el hijo de un pobre carpintero de Nazareth.

—¡Qué!

—Lo que ustedes oyen; el tan profetizado y ansiado niño, resulta ser el hijo de un carpintero que ni siquiera tiene dos tristes pesetas para pagar el cuarto de una posada.

—¡Cómo puede ser eso! Exclamaron Melchor y Gaspar, asombrados.

Baltasar callaba.

—Vamos, siguió el diablo, no pueden Vds. imaginarse el ruido que se ha armado. Como que todas las personas decentes de Judea estamos escandalizadas; porque es lo que decimos: pase que cuatro pobres pastores, gente sencilla crean en ese niño y vayan á adorarle; pero ¡nosotros! ¡las personas ilustradas! ¿cómo es posible? ¿quién vá á hacernos creer que el Rey de Israel, el poderoso caudillo en quien la nacion tenía puestas sus esperanzas, venga á ser el hijo de un artesano que por no te-

ner cama en qué dormir, pasa las noches en un establo?

—¿Cómo en un establo? Exclamaron á coro Gaspar y Melchor.

—Si señor; en un establo, lleno de telarañas.

—¿De telarañas!

—Si señor, y de estiércol.

—¿De estiércol!

—Claro, del que hacen el buey y la mula, en cuyo pesebre le acuesta su madre para resguardarle del frío. Ya ven Vds. si tendrán cosas que contar cuando vuelvan á la corte.

Y el diablo apoyó estas últimas frases con una sonrisa de las que gastan las gentes de buen tono para zaherir á los desgraciados de la tierra.

Melchor y Gaspar sintieron decaer su ánimo y angustiarse su corazón.

Baltasar siempre callaba.

—¿Que dices á eso Baltasar? preguntaron sus hermanos. Tú que con mayor claridad recibiste la revelación ¿que nos dices?

Efectivamente, el Rey Baltasar, el más pobre y pequeño de los tres reyes, el que según la leyenda era tan negro y contrahecho de cuerpo, como grande y hermoso de alma, por su fé su humildad y su dulzura, había sido digno de recibir la luz del cielo con más intensidad que los demás y de penetrar más adentro en el sagrado y consolador misterio de la encarnación del Verbo.

—¿Que dices, hombre, que dices? Continuaron sus hermanos. Ya ves lo que nos cuenta este caballero. El niño á quien vamos á visitar, á lo que se ve, ni trazas tiene de rey. ¿Será todo ilusión? ¿Qué hacemos?

El diablo comprendió que ganaba terreno y volvió á la carga.

—No solo no tiene trazas de rey, añadió, sino que ni siquiera lleva buen camino de hombre. Porque de este niño se predicen cosas desastrosas.

—¿Que cosas?

—Que pasará grandes amarguras; que promoverá grandes perturbaciones; que por sus doctrinas exageradas y sediciosas dará lugar á que le prendan y le azoten y por último acabará su vida en un patíbulo como los malhechores.

Al oír esto, Melchor y Gaspar detuvieron sus camellos.

El diablo había conseguido introducir la confusión en sus nobilísimos pechos, porque ¿qué pecho por santo y noble que sea, no será combatido alguna vez por tentación, crisol de la santidad?

Solo Baltasar permanecía sereno y sonriente.

—¿Por qué os deteneis? preguntó.

—¿No lo oyes, hombre? Si ese niño es hijo de un carpintero, si es tan pobre que al nacer no ha tenido cama en qué acostarse, si vive en una cuadra entre bestias y estiércol, si los sabios predicen que sus doctrinas le llevarán á un patíbulo. ¿Será bien que con tales antecedentes aun vayamos á visitarle?

—¿Que si lo es? exclamó al fin Baltasar sin poder ya contenerse; ¿que si lo es? Precisamente lo es, por esas mismas razones.

Melchor y Gaspar se miraron asombrados.

—¿No comprendéis, hermanos míos, continuó Baltasar, que ese niño ha venido á cambiar todas las cosas de este mundo y á demostrarle prácticamente que en todas se equivoca? ¿Como había de conseguirlo sin poner lo de arriba abajo y lo de abajo arriba? ¿Sin convertir lo grande en pequeño y lo pequeño en grande? ¿Sin hacer de lo pobre rico y de lo rico pobre? Por eso veis que siendo Rey eterno de los cielos, nac *etemporalmente* en el último rincón de la tierra. Por eso su grandeza se revela en las pajas en que ha nacido, su riqueza se patentiza en el estiércol que le rodea, su poder se demuestra el temblor con que tiritita de frío y su gloria se hará patente un día por medio de su muerte en un patíbulo.

Gaspar y Melchor quedaron completamente aturdidos.

Pero el diablo á cuyas abidurías maliciosas se le había justamente negado el conocimiento de estos misterios, lanzó una carcajada que hizo sonar todos los ecos de la montaña.

Baltasar le miró con desprecio.

—¡Desgraciado! bien se conoce que eres la fiel expresión del mundo á quien inspiras. De ese mundo orgulloso y fátuo condenando por lo mismo para perdición suya á no creer nunca las verdades que pueden salvarle. ¿Cómo has de entender tú, ¡desdichado! los misterios que encierra la encarnación del hijo de Dios.

—¡Del hijo de Dios! Exclamaron todos.

—Si, del hijo de Dios. De la segunda persona de la Santísima Trinidad que sin dejar de ser Dios fuerte y poderoso acaba de hacerse niño en las entrañas de una Virgen para iluminar y salvar á los hombres.

—¿Y como vá á realizarse esa salvación? exclamó el diablo chispeando de odio y disponiéndose á burlarse de nuevo.

—Por la reconciliación del hombre con Dios y por la revelación de una doctrina completamente contraria á la que

durante cuatro mil años has enseñado tú á los hombres

Tú les enseñaste que la felicidad consistía en las riquezas y Él vá á enseñarles que consiste en la virtud.

Tú les digiste que el poder estribaba en la fuerza y Él vá á demostrarles que estriba en la humildad.

Tú, les acostumbraste á buscar el placer y Él vá á hacerles á amar el dolor.

Tú les diste lecciones de prudencia, de suspicacia y de malicia, y Él vá á darlas de fé, esperanza y caridad.

En una palabra: tú hiciste á la humanidad rebelde, soberbia, sensual y necia, y Él vá á hacerla obediente, humilde, mortificada y sabia.

—¿Sabia, en qué? dijo Luzbel hiriéndose altivo con sus conocimientos en todas las ciencias.

—¿En qué? en la única ciencia que tú ignoras; en la única verdadera, puesto que es el fin de las demás; la de la salvación.

Al oír nombrar *la salvación* Satanás recordó en un momento toda su desdicha, vió dibujarse ante sus ojos el horroroso cuadro de su eterna desgracia, y lanzando una espantosa blasfemia, dió un alarido que retumbó por el desierto, como el rugido de un león herido en las entrañas.

Al estrépito se espantaron los camellos y arrancaron á correr.

—¡Adelante! gritó Baltasar á sus compañeros. Ese que ha querido detenernos en el camino de Belén, es Lucifer el que tratará siempre de detener á los hombres que marchen hacia Jesucristo ¡Adelante! ¡Adelante! Y los camellos corrían que volaban.

Pero el diablo al ver que se le escapaba la presa, empezó á correr también.

—¡Adelante! ¡Adelante! gritaban los Santos Reyes.

Y el diablo ahullaba y corría detrás.

—¡Adelante! ¡Adelante! seguían gritando los Santos.

Y el diablo seguía ahullando y corriendo, pero con tal velocidad, que últimamente logró asirse á la cola del tercer camello.

Agarraría, levantarla, y colarse en el cuerpo del bruto por el punto que tuvo más á mano, todo fué obra de un instante.

—¡Alto, compañeros! gritó el cuadrúpedo en cuanto se sintió con el bulto dentro. ¡Alto! Conozco que una secreta vez me revela en este momento lo muchísimo que valemos los camellos. Basta ya por consiguiente de llevar á estas reyes y señores y basta también de marchar

hacia humildes establos. Somos dignos de mayores pesebres. — ¡Viva la libertad!

— ¡Arre camello! dijo Melchor que no entendía la jerga de la alimaña. — ¿Qué diantres es esto? ¡arre!

— *Nequaquam y non serviam*, contestó el camello, sacudiendo la cabezada y soltando en latín el primer par de... lecciones que acababa de enseñarle el ilustrado Morayta que llevaba en las tripas. — *Nequaquam y non serviam*.

— Los seres ilustrados que tenemos conciencia de nuestro valer, ni adoramos niños, ni sufrimos Reyes. ¡Ea, abajo!

Y gruñendo y haciendo, no uno, sino los tres camellos, empezaron á meter la cabeza entre las patas delanteras y á dar con las traseras tales y tan repetidas zapatetas, que los ginetes tuvieron que casirse de los arzones para no caerse.

A todo esto, había llegado la expedición á un punto del camino, tan estrecho y rodeado de precipicios, que era difícilísimo apearse sin rodar al abismo.

Y el diablo seguía bullendo en el cuerpo de los camellos.

Y los camellos seguían luchando para derribar á los reyes.

Aquello parecía una revolución con su correspondiente caída de dinastías.

Por fin, los santos, no tuvieron más remedio que obrar como tales: esto es, levantar su corazón á Dios y pedirle auxilio.

Y el auxilio llegó, como él va siempre que se pide al cielo.

Á la derecha del camino viéronse aparecer de repente tres magníficos caballos de aspecto noble y gentil.

El uno era blanco, el otro era negro y el tercero era rojo.

Cuando los Reyes los descubrieron, comprendieron que Dios se los enviaba.

Apeáronse de los ilustrados camellos, diéronles rienda suelta según deseaban, y tomando los corceles, siguieron su camino.

Mas no bien caminaron en paz, como en paz se camina tanto, detúvose la estrella que les guiaba y oyóse una música deliciosísima.

Habían llegado al fin de su viaje.

El establo de Betlen objeto de todas sus esperanzas se hallaba ante sus ojos.

A su dulce y tranquilo aspecto, los pechos se llenaron de alegría. Los corceles hircuieron sus cabezas relinchando gozosos para demostrar que también tomaban parte en el regocijo, y los santos postrándose de hinojos abrieron sus tesoros ante el hijo de Dios, que desde aquel instante se los cambió por otros de virtudes imperecederas.

Entonces fué cuando se oyó cantar á

los ángeles aquel himno sublime que ya habían cantado el día del nacimiento y que se repetirá mientras el mundo sea mundo, para consuelo de los justos y alegría de los hombres de bien.

Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Y cuento colorado por la chimenea se fué al.....

— ¿Es que se ha acabado el cuento, abuela? Pues, ¿y los camellos? ¿qué se hizo de los camellos?

— ¡Ah! hijos míos. A los camellos les sucedió lo que merecían. Como llevaban *la rienda suelta* empezaron á vagar libremente por el campo; los encontraron unos mercaderes, gente que se encuentra en todas partes, y despues de mucho *pasarles la mano por la joroba* para ahagarles y conseguir coger *las riendas* los agarraron y ¡Zas! los cargaron de cacao. Desde entonces los pobres animales, ya no tuvieron más remedio que pasar su vida por el desierto, fardo arriba, fardo abajo: Y ellos que no habían querido tolerar el yugo de los Reyes tuvieron que sufrir *el caeao de los mercaderes*: y lo que es peor, que despues de tanto llevar el cacao á cuestras, resultó que jamás gustaron el chocolate.

A C y G (1)

LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO.

Arriba de un empinado cerro, al pié de fuerte castillo, y desde las azoteas de un ancho caseron, estaba un *quidam* mirando hácia el valle que á lo lejos y á vista de pájaro descubria.

Allá, en lo más hondo, se hallaba un segador amontonando sus haces junto al respiradero de una mina.

Y como el viento sopla en las alturas, y se cuea sutilmente por los oídos... el de arriba, un tantico aventado, decia:

«¡Qué pequeños son ante mí los hombres que hormiguean por el llano! Aquel de la hondonada es tan pigmeo, que apenas le distingo. ¡Ya se ve! ¿Como yo soy tan alto! El pobre se comparará conmigo, y estará patitieso, mirándome y diciendo: «¡Qué señorón tan grandel!!»

Sabido es que los humanos, al medir su elevación, no suelen tomar en cuenta la del pedestal á donde los encarama la intriga ó los empuja la fortuna.

Cuando más engreído estaba el seño-

(1) En vista de que, sin duda por elvicio no solo algunos colegas copian nuestros artículos sin indiciar su procedencia, sino que hasta ha habido quien ha publicado uno bajo firma extraña, nos vemos precisados en adelantarte á suscribirlos todos para evitar que se tomen como copias los que son originales escritos expresamente para LA LECTURA POPULAR.

ron con su grandeza, cádate que sintió hácia el cogote una humedad extraña. Llevóse prontamente la mano al cervigullo, y con mayor prontitud la sacudió exclamando:

— ¡Qué porquería!
Era que desde la torre del castillo un personaje más empingorotado, para significarle su desprecio, le había escupido encima de la nuca, como quien dice: «¡Allá va eso para su alteza!»

¡Poqueñeces de los grandes, ó más bien de los engrandecidos, que al subir á un alto puesto escupen ó miran por encima del hombro á los que dejan un poquito más abajo! ¡Como si no supiéramos todos que allá, mucho más arriba... los primeros serán los últimos, y esto para castigo y humillación de los soberbios!

— ¡Qué insolencia! prorumpió el del terrado, dirigiendo al de la torre una mirada de basilisco. Deja, deja que yo suba y verás si te hago escupir los dientes.

— ¡Ja, ja, ja, jaah! ¡Facilillo es eso! decia el encastillado, creyéndose al abrigo de cualquier tentativa.

Pero al asomar la cabeza, ¡patapam! ¡zas! se le vino encima un peso que á poco le acogota.

¿De dónde podía venir aquel imprevisto y oportuno golpazo? Fácilmente pudo inferirlo... Un globo se balanceaba en el espacio... En la barquilla elevábase un intrépido aereonauta, y este se había entretenido en arrojarle desde las alturas uno de los talegos de arena y casquiño que llevaba por lastre.

— ¡Vagamundo! ¡Tunante! ¡Aventure-ro! ¡Quién fuera buitres para sacarte los ojos! gritaba el de la torre desgañándose, mientras el del globo, sin hacerle caso, iba subiendo, subiendo, y ensanchándose al ver que tenia bajo sus piés al mundo entero.

A todo esto el labrador, mirando á los de arriba, figurábase que por aquellas alturas todo era tortas y pan pintado. Envidiábale al del globo su extraordinaria elevación, al de la torre su predominio, al del terrado su comodidad.

— ¡Con qué descanso toma el fresco! decia refiriéndose al más vecino... ¡Qué á gusto me hallaría yo sentado en su azotea! Por esta hondonada no corre un pelo de aire... ¡Por allí sopla de lo lindo! ¡Así están repartidos los bienes y los males! Para los de arriba, las anchuras, el mando, los honores, las comodidades, el lujo y los placeres; para los de abajo, la estrechez, la servidumbre, los desprecios, las privaciones, la indigencia y los trabajos. ¡Y luego extrañarán que yo les envidie la suerte! Lo extraño fuera que alguno envidiara la mia.

—¡Bienaventurados los que se calientan al sol! ¡Dichoso el que pisa las yerbas del campo! exclamó repentinamente un hombre que trabajaba dentro de la mina.

—¡Válgame Dios! ¡Y con qué poco se contenta mi vecino! prorrumpió el labriego acercándose á escuchar el soliloquio del minero. Este decía:

—¡Triste cosa es vivir como los topos debajo de la tierra! En estas profundidades estoy como encerrado en un sepulcro, y hasta el aire que se respira huele á muerto.

—¡Pobrecillo! Tiene mucha razon, dijo el oyente olfateando la boca de la mina. Esta boca es más oscura que la de un lobo. ¡Y despide un aliento que apesta!

—¡Que diferente vida pasa el campesino! decía el otro, cansado de hacer siempre una misma cosa. En la variedad está el gusto y sus tareas son tan variadas, que no le dan lugar á fastidiarse. Ya labra el surco, ya escarda los trigos, ya recoge las espigas, ya extiende la parva y maneja el biello, ya sube al trillo y se pasea como un señor en su coche... Ya coge la pala, y ¡zas! allá van los granitos bailando por un lado y la paja menuda por el otro. ¡De veras lo digo: si yo fuera labrador, no cambiaría mi suerte por la del Papa!

—¡Oiga! exclamó el labriego, ¿Con que tan dichosa es mi suerte? ¡Y yo no lo conocía! ¡Este hombre acabará por convencerme de que soy un majadero! Desde ahora, en vez de compararme con los de arriba, me compararé con los de abajo, y daré gracias á Dios porque me ha colocado en medio de los unos y los otros.

Al decir esto, miró al cielo, y vió que las nubes se habían ido ennegreciendo, el sol estaba eclipsado, las aves aturdidas revolaban casi á flor de tierra: oyóse un ruido lejano, y de improviso estalló la tormenta.

El globo, sacudido por encontrados vientos, amenazaba rasgarse, y el hombre que se había remontado en él, de muy buena gana hubiera cambiado su elevadísima posición por la del humilde operario de la mina.

Una sierpe de fuego hendió los nubarrones y deshizo el globo.

Rodó la incendiada barquilla, y el aéreo navegante cayó en los derrumbaderos de la montaña.

El rayo hirió también la torre y al que estaba empinado en ella.

Una de las desquiciadas piedras fué á caer encima del terrado, dañando gravemente al hombre que allí estaba.

El segador, al ver aquello, santiguóse,

agachó la cabeza, y aunque no pudo salvarla del chubasco, dióse por muy bien librado á costa del susto y de la mojadura, pues, como él decía, el agua no rompe los huesos, y en llegando al pellejo escurre.

Cuando el minero llegó á saber que la tempestad había pasado por encima de su cabeza, ya el sol había enjugado los haces y la ropa del campesino...

No envidien los de abajo á los de arriba: las grandezas del mundo se pagan á tanto el metro; los peligros, azares y los destronamientos sirven de numerario... La felicidad huye del ambicioso que la busca en alto puesto; más fácil es hallarla en el fondo de una conciencia pura. Vivir contento en el estado más humilde, conformarse con la voluntad de Dios, hé ahí el gran secreto de la filosofía. Ella nos dice que cuanto más alta es una torre, más cerca está del rayo.

Consuélese los pequeñuelos del mundo; en sus revueltos mares suelen irse á pique los navíos y salvarse las chalupas de la costa.

MICHAELA DE SILVA.

(De La Revista Popular.)

VARIEDADES

Lección práctica.

En la estación de la vía férrea de Burdeos, un caballero muy elegante y un pobre artesano, suben á un mismo coche.

En aquel momento cruzan el andén dos sacerdotes.

—¡Vaya unos cuervos! exclama enfáticamente el personaje ¿para qué servirán esas gentes?

El artesano no contesta.

El tren se pone en marcha.

Ambos viajeros van solos.

A los quince minutos, cuando el tren corre con más rapidez, el obrero rompe el silencio.

—He aquí un país completamente desierto, dice, asomándose á la ventanilla. En muchas leguas no hemos encontrado una casa. Vamos á ver ¿quien me impediría que yo ahora, por ejemplo, robase á V. todo el dinero que lleva?

El caballero dá un salto y se pone más amarillo que una pajuela.

—Si yo no lle... llevo di... dinero más que para el viaje, dice dando diente con diente.

—Dispense V., replica el artesano con gran aplomo, precisamente estaba yo presente en el Banco cuando ha cobrado V. los treinta mil francos que lleva en la cartera.

El caballero siente que le flaquean las piernas y que la lengua se le pega al paladar, comprende toda la extensión del peligro y no sabiendo ya como ponerse se pone verde.

—Basta, exclama por fin el artesano,

compadecido de tanta angustia. No se apure V., amigo mio. No trato de robarle. Y ¿sabe V. por qué? Sencillamente, porque he sido educado por aquellos cuervos.

¿No preguntaba antes para qué sirven. Pues ya lo sabe.

Terrible hundimiento.

Ha tenido lugar en las canteras de Chancelade, (Francia) el 25 de Octubre último. Aquel día era domingo, pero como de costumbre se trabajaba en las canteras. Sin embargo la mayor parte de los obreros, abandonaron pronto el trabajo y solo quedaron cinco, que á pesar de los ruegos de otro compañero, no quisieron marcharse y continuaron su obra.

A las tres y media de la tarde se oyó un ruido espantoso, la montaña se abrió en una extensión de quinientos metros, y aquellos cinco desdichados quedaron sepultados vivos en las galerías subterráneas.

El tercero, santificar las fiestas.

FABULA.

Cuentan de un sabio que un día

—Es plágio de Calderon—

Se engulló de un atracon

Toda la filosofía

Y tan sabio se creía

Y tan vanidoso hablaba

Cuando su saber mostraba,

Que al juzgarse sabio él solo,

Desde el Ecuador al Polo

Sólo ignorantes hallaba.

Enfermó, y al espirar,

Aun siendo trance tan fuerte,

Ocurriósele á la muerte

Con el moribundo hablar;

Y habló el sabio, y á pesar

De su profundo sentir,

Hubo al fin de convenir

Y confesar y entender

Que aún le faltaba saber...

¡Una bicoca!... MORIR. P. A.

MÁXIMA CRISTIANA.

Si quieres ver siempre muy claro en el camino de tu vida, enciende la antorcha de tu corazón en el fuego del amor de Dios.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la santa lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una acción 4 ptas. mensuales.

Media 2 » »

Un cuarto id. 1 » »

Un octavo id. 50 cénts.

Por medio de correspondencia 25 cénts. de peseta más por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5 bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.

Imp. Nueva, Bellot, 3.